
Dime tú, el que respondes, ¿fue verdad o fue sueño
lo que yo cuento que me pasó en la cueva de Montesinos?

Quijote, Segunda Parte, LXII

Ved sin venda
la realidad en toda su leyenda.

JORGE GUILLÉN, *Maremágnum*

I

TIEMPO DE GUERRAS PERDIDAS

1. SERIAS DIFICULTADES PARA MIRAR DE LEJOS

Las fronteras de la infancia suelen coincidir con las del verano. Yo, al menos, nunca he logrado situarlas de otra manera en el territorio general de la memoria, como si lo más notable que me hubiese ocurrido cuando era niño permaneciera enmarcado en un campo estival o en una playa radiante de la Andalucía atlántica o en los tórridos atajos callejeros de Jerez. Las otras imágenes infantiles, por muy copiosas que sean, perseveran en la evocación dentro de un relieve mucho más desvaído y una tonalidad mucho menos acusada, con lo que han terminado por adquirir cierta condición de subalternas. Incluso tiendo instintivamente a desplazarlas de ese núcleo de sensaciones imborrables que determinan la densidad del recuerdo. Supongo que esa hipótesis tampoco es ajena a la ambigüedad selectiva con que se coteja el pasado, y no me parece mal que sea así, sobre todo porque lo único que pretendo es compulsar la verosimilitud de ciertas memorias que han sobrevivido a su natural decrepitud. A lo mejor no se trata más que de una simple coartada de la imaginación, fijada ahora gratuitamente en el desorden retrospectivo de los veranos.

En la casa de la jerezana calle Caballeros donde nací —o donde me llevaron de recién nacido— había una escalera que conducía directamente a una ciudad solar. Esta calle —que en alguna remota fantasía supuse asociada a mi apellido— enlaza la plaza del Arenal con la de la Cruz Vieja y es la vía ordi-

naria para transitar entre el centro urbano y el barrio de San Miguel. La escalera de que hablo subía hasta la azotea y desde allí se dominaba un deslumbrante paisaje de techumbres, plataformas y torretas asomadas a esa zona de Jerez que constituye el eje ideográfico de mi primera memoria. Si se admite que el lugar donde se descubre el mundo es ya para siempre el compendio simbólico del mundo, ese escenario sigue proporcionándome las testarudas secuencias de una profusa genealogía cultural. Siempre era allí verano y todo aparecía invadido por una luz cegadora, con el sol rebotando contra los paredones como un fognazo contra unas sábanas. Apenas había tejados, sólo azoteas comunicadas entre sí por pretilas a distinta altura, los mismos que yo saltaba subrepticamente para recorrer en misiones exploratorias aquella otra ciudad luminosa y excitante,alzada sobre el prestigio arquitectónico de un Jerez todavía magnificado entre iglesias góticas, palacios barrocos y airosas casas populares. Ése fue el reino primario donde aún están almacenadas muchas de las provisiones infantiles de mi experiencia. Me imagino que se trata de una idea divagatoria, con escaso rigor deductivo, pero tampoco tengo por qué desdeñarla.

La azotea era el sucedáneo territorial de mis primeras inocentes libertades. Me resultaba mucho más difícil bajar a la calle que subir a la azotea, y aun así, mis escapadas del vigilante cerco doméstico las verificaba valiéndome de toda clase de astutas operaciones de merodeo. Mi madre siempre tenía miedo de que mi propensión incorregible a hacer lo más indebido se viera seriamente agravada con las complicidades de la azotea. Había allí además un peligro cierto: una balaustrada de barrotes desmontables a manera de lanzas que aislaba el terrado propiamente dicho del hueco del patio y que parecía muy apta para mis ejercicios de temeridad. Pero nunca llegó a tentarme ese peligro, no por ningún freno de la prudencia sino porque ya entonces sufría de vértigo y me amedrentaban severamente los espacios vacíos y las alturas excesivas. Incluso solía verme en sueños encaramado a un risco inaccesible o

al faldón de un tejado con la despavorida certeza de que ni podría bajar ni tampoco me atrevería a mirar hacia abajo.

Yo me había fabricado un mapa con el itinerario que consideraba más idóneo para poder recorrer aquellas vecindades sin necesidad de arrostrar riesgos inútiles o exponerme al suplicio del vértigo. Era en cierto modo el mapa del tesoro y con él instruí a mi hermano Rafael para que se animara a seguirme en aquellas fascinantes expediciones y probara conmigo la maravillosa autonomía de andar de figoneo por las cumbres de las casas. De haber conocido entonces la historia de *El Diablo Cojuelo*, me hubiese agradado mucho esa emulación inocua del personaje de Vélez de Guevara. Sin llegar a levantar techumbres ni a violentar puertas, sí me gustaba mucho asomarme a todos aquellos sitios por donde a lo mejor lograba descubrir algún llamativo secreto. Más que la curiosidad, lo que me movía era el hecho de poder sorprender a quienquiera que fuese en el momento de perpetrar un delito. Mi aptitud detectivesca se veía muy favorecida por la singularidad del terreno acotado para la investigación.

Una tarde en que ya empezaba a subir de los ladrillos el vapor del verano, inicié en solitario una descubierta por mi ruta preferida. No era difícil cubrir con discreta habilidad la distancia que había entre la azotea de mi casa y la de la casa que formaba esquina con otra calle lateral. Sólo había que estar muy atento para no tropezarse con testigos indeseados, sobre todo con las muchachas que solían subir a tender la ropa a cualquier hora, aunque casi nunca por la tarde. Salté unos pretilos, atravesé una especie de aljarafe inclinado correspondiente a una casona vecina y me deslicé hasta el hueco de un ventanuco lo suficientemente bajo como para que pudiera asomarme. Y eso fue lo que hice. Había un cristal un poco turbio que me impidió al principio distinguir bien el interior de aquel cuartucho. Pero entonces, de improviso, me percaté de que yo estaba mirando a alguien que me miraba a mí justo al otro lado de la ventana, con la frente pegada al cristal, los ojos como velados por una opacidad agresiva. La sorpresa y el

miedo me dejaron paralizado y tardé algo en poder reaccionar. Había reconocido en aquella cara de expresión temible a un joven venático que vivía cerca de casa y que siempre me había producido pavor las pocas veces que me crucé con él por la calle. De modo que escapé de allí a todo correr, olvidándome incluso de las malas pasadas que el vértigo podía jugarme, y me reintegré disimuladamente y con el alma en un hilo al sosiego doméstico. El fantasma del perturbado me visitó durante varias noches seguidas y mermó de modo considerable mis entusiasmos exploratorios.

La azotea disponía de dos habitaciones dedicadas a trasteros y del llamado cuarto de la colada. Ahora, mientras recupero en parte esos recuerdos, siento la sensible cercanía del híbrido olor que se había ido adhiriendo como una textura a las paredes de esas habitaciones: un olor poderoso a maderas húmedas, a polvo de cereal, a lejía caliente. En ese olor también estaba ya incluido el fundamento de la vida y cada vez que he creído ventearlo he recuperado súbitamente todas las sensaciones que han ido decantándose en el fondo de aquel recuerdo. Yo solía también enredar mucho por allí y un día, junto con mi primo Rafael Bonald, descubrimos un viejo alambique arrumbado en uno de los trasteros. Era un aparato no muy voluminoso, proveniente sin duda del laboratorio del abuelo, y aún conservaba, bajo las costras consecutivas de la vejez, la invulnerable nobleza del cobre. Anduvimos limpiándolo y adecentándolo con paciencia monacal y quedó muy aparente, sólo que con el serpentín partido en dos. Procedimos entonces a empalmarlo con trapos y engrudos y lo trasladamos al cuarto de la colada. Parte de esa historia la metí de rondón en mi novela *En la casa del padre*, tal vez porque me pareció que podía ser como un indicativo relativamente creíble en torno a las digresiones de una niñez imaginaria que tenía algo que ver con la mía.

Nuestro propósito consistía en comprobar si era cierto, como nos habían asegurado en la clase de química, que el alcohol etílico se obtenía mediante la destilación del vino. Tan-

to al primo Rafael como a mí nos parecía muy rara esa posibilidad. Un alcohol que también se llamaba espíritu de vino tenía que responder a manipulaciones más enigmáticas. Así que para salir de dudas hurtamos en casa una damajuana del fino ligero que se usaba para guisar y la trasladamos también furtivamente al cuarto de la colada. Sólo nos quedaba encender el fogón donde se ponía a calentar el caldero para lavar la ropa, cosa que conseguimos después de rociar con una botella de gasolina el carbón vegetal que encontramos por allí. Llenamos de vino el depósito del alambique y, una vez afianzado sobre el fogón, nos mantuvimos en una espera anhelante. Al cabo de un buen rato, cuando ya habíamos perdido toda esperanza de que aquello funcionase, se oyó un tupido gorgoteo que muy bien podía ser el de la ebullición y, a poco, el alambique empezó a trepidar y a soltar unos resoplidos de mucho cuidado. Se le escapaba por todas partes un humo fétido que pronto se hizo irrespirable. Por lo visto, no sólo se había soltado el remiendo del serpentín, sino que algún conducto del aparato debía de estar atascado, pues comenzó a escupir un fluido cárdeno que enseguida se puso a arder por fuera del fogón, alcanzando a la botella de gasolina y a unas astillas que había por allí.

El primo Rafael y yo escapamos del cuarto antes de que las llamas y estallidos, que se habían propagado con pirotécnica velocidad, nos alcanzaran también a nosotros. Ni siquiera podíamos intentar valernos del agua para apagar el fuego, ya que el único grifo existente era el de la pila que había junto al fogón de la colada, de modo que optamos por bajar a pedir socorro cuando ya subía la familia en pleno, o los miembros de la familia y del servicio que había en casa en ese momento, a saber: mi madre, las tías Isabela y Victoria, mis hermanos Rafael y María Julia, el criado del abuelo Rafael —que ya apenas ejercía— y las dos muchachas. El único que no acudió fue el abuelo, pues sólo se levantaba de la cama muy de tarde en tarde y nunca por motivos justificados.

Nadie sabía qué hacer, aparte de prorrumpir en toda cla-

se de exclamaciones y de aportar iniciativas descabelladas, hasta que a Ramón, el criado del abuelo, se le ocurrió formar una cadena con cubos y cacerolas de agua desde el piso de abajo hasta la azotea. Así que nos pusimos manos a la obra y, tras una larga operación de acarreos, se consiguió sofocar lo más aparatoso del incendio. Al menos se apagaron las llamas, aunque persistió el humo y la emanación apestosa de las cenizas. El cuarto de la colada había quedado, de todos modos, en un estado lamentable y no sé qué hicieron con él para devolverle al menos las meritorias mugres que había ido almacenando antes de que el fuego las purificara. Por lo que a mí respecta, tampoco recuerdo qué clase de castigo me tenían reservado. En ese trance de los castigos nunca fui consciente de que fueran ejemplares, entre otras cosas porque mi madre no era partidaria de imponerme otra penitencia que la de fingir que estaba de veras enfadada conmigo, anunciándome sin mucha convicción que tendría que pensar en un buen escarmiento e incluso aparentando que no deseaba dirigirme la palabra. Y eso sí me reportaba la sospecha intolerable de una especie de confiscación de mi voluntad. No soportaba la idea de un silencio, de una reserva que, en cierto modo, interceptaba la más apetecible validez de mi oficios filiales. En cualquier caso, semejantes correctivos no duraban más de un día y, una vez transcurrido ese plazo, la reconciliación siempre me parecía una recompensa especialmente conmovedora.

A partir de aquel descalabro, la azotea ya no tendría para mí la misma imantación aventurera de que había gozado hasta entonces. Entre mi tropiezo con el vecino afectado de idiotéz y el incendio de marras, la verdad es que me quedarían pocos arrestos para reincidir en mis correrías por aquel territorio prohibido. Pero alguna transgresión tuvo que producirse, debido probablemente a que mi hermano Rafael me había asegurado que desde el tejadillo de uno de los trasteros se veía el mar en días bonancibles. No logro acordarme si me atreví efectivamente a comprobar, después de las trastadas precedentes, lo que mi hermano decía, cosa que en ningún caso

podía ser cierta. Pienso, sin embargo, que tal vez se alcanzase a divisar desde esa atalaya alguna simulación marina provocada por la incidencia de los rayos solares en una hondonada campestre. No sé. Pero esa hipotética visión del mar, instalada todavía en algún rudimentario circuito de la imaginación, me tenía bastante encandilado. Deseaba vivamente constatar de facto —como ya no tardaría en ocurrir— una noción de la naturaleza que nunca había llegado a entender: la índole consecutivamente inabarcable de un paisaje marítimo. Claro que todas esas pretéritas figuraciones, vislumbradas a tan larga distancia, ni responden en ningún caso a refrendos objetivos, ni yo las admito como tales. Se trata, simplemente, de un intento de recuperar ciertas sensaciones que aún se albergan en mi memoria y no de ninguna fidedigna información sobre esa memoria.

La primera vez que vi el mar fue en Sanlúcar de Barrameda, el verano anterior al del comienzo de la guerra civil. Lo sé porque ese mismo año hice la primera comunión y mi conducta antes y después de la ceremonia fue tan deficiente que me amenazaron con privarme del veraneo. Aunque la amenaza no era exactamente viable, a mí me pareció tan despiadada que hice toda clase de méritos para que no se cumpliera. El asunto tuvo sus prioridades tragicómicas. Yo, de niño, tenía el pelo muy rubio y ensortijado y, de acuerdo con esas presuntas señas alegóricas, el capellán del colegio de los marianistas me había elegido como heraldo seráfico de la función, o sea, que debía abrir el desfile de los comulgantes portando una vela rizada y, lo que era peor, un ramito de azucenas que debía depositar al pie del altar. A mí todo eso me traía a mal traer, sobre todo por lo que el papel de angelito tenía de añinado, y no hacía más que pensar en cómo librarme de semejante bochorno.

Así que la misma mañana abrilena en que iba a celebrarse la primera comunión me levanté más pronto de lo debido y, sin encomendarme a Dios ni al diablo, procedí a teñirme el pelo con un trozo de carbón y a planchármelo con un cepillo

empapado en tragacanto. La operación me dejó literalmente impresentable y, cuando mi madre se levantó y me vio de aquella guisa, a punto estuvo de sufrir un soponcio. Ella no tenía la garganta preparada para levantar la voz, y nunca lo hacía, pero aquella vez prorrumpió en unas exclamaciones demasiado agudas que la dejaron seriamente afónica. Me tuvieron que enjabonar la cabeza a toda prisa, con lo que recuperé mi estado natural, y pudimos llegar al colegio sin mayores tropiezos. Lo único que andaba mal era mi ánimo y me sentía tan furioso y tan sublevado con el mundo que tuve la absoluta convicción de que iba a comulgar en pecado mortal. Ignoro si me arrepentí en el momento preciso, o no me arrepentí en ningún momento, pero en todo caso me resigné a hacer de querubín sin que se me notara mucho que no lo era, y recibí la comunión con la debida compostura. Lo peor vino después.

En aquella época apenas si se festejaban tales ceremonias religiosas. A diferencia de lo que ahora ocurre —todo ese ridículo alarde de comparsas, banquetes y majaderías anexas—, la celebración se reducía entonces discretamente a un privado acto devoto y a un desayuno en el ámbito familiar. De modo que, una vez terminada la función en la capilla de los marianistas, nos fuimos a casa a tomar un chocolate con bizcochos. Aparte de mis hermanos Rafael y María Julia, estaban allí los primos Rafael y Leonor, que eran los que tenían más o menos mi misma edad. La excitación fue subiendo ostensiblemente de tono y lo que prometía ser un ameno regocijo terminó en batalla campal. Todo empezó cuando el primo Rafael se mofó repetidas veces de mi irrisoria facha de angelito, a lo que yo contesté volcándole una taza de chocolate por encima. A partir de ahí hubo toda clase de refriegas, empleo de armas arrojadizas y persecuciones varias, sólo interrumpidas cuando la algazara alertó a toda la familia y se impuso severamente la terminación del desayuno, la dispersión de los comensales y, en consecuencia, el final de toda aquella malograda celebración.

No sé por qué desajustes imaginativos opté entonces por

esconderme en un armario de la galería, donde permanecí oculto un buen rato, retenido a partes iguales por la rabia y el temor. Anduve curioseando entre unas cestas que había por allí y a poco se materializó uno de los recuerdos de mi infancia que más se han resistido a desaparecer: algo así como una cuña incorregible alojada en la memoria y removida con sistemática regularidad. El caso fue que, mientras jugueteaba con un acerico, me había puesto un alfiler en la boca y, cuando vine a darme cuenta, ya no lo tenía allí. Lo primero que pensé es que me lo había tragado y que con toda probabilidad estaría deslizándose por el interior de mi cuerpo para clavarse en el sitio donde más daño podía hacerme. No relacioné para nada ese percance con ningún castigo divino, que era lo más plausible, sino que más bien lo consideré una consecuencia funesta de las insidias del primo Rafael. El miedo me hizo abandonar de inmediato el escondite para ir en busca de mi madre. Estaba naturalmente dispuesto a contárselo todo, pero de pronto decidí no hacerlo, más que nada porque iba a añadir un nuevo y mayúsculo disgusto a los varios que ya había protagonizado en aquella calamitosa mañana. Lo único que hice fue darle un beso con gesto compungido, como si me despidiera de ella sin querer alarmarla, y guardar un silencio tan tenaz que, dada la situación, se volvía aún más angustioso.

Pasé varios días en un continuo sobresalto, aterrorizado y sumido en las mayores incertidumbres. Me vigilaba cualquier pinchazo o cosa parecida que pudiera sentir y me palpaba por todo el cuerpo a ver si conseguía localizar algún indicio de los efectos mortíferos del alfiler. Tal vez lo que más me desazonaba —y, en cierto modo, lo que más me envanecía— era el hecho de no haberle confiado a nadie el gravísimo peligro en que me encontraba. Sólo una vez me aventuré a recabar indirectamente la opinión de una criada. «¿Qué pasa si alguien se traga un alfiler?», le pregunté. «Que se muere», me contestó, con lo que mis secretas zozobras se aproximaron ya decididamente a la desesperación. Andaba tan cabizbajo y ensimismado que mi madre creyó que debía de estar incubando alguna

enfermedad o que se trataba de una impensable enmienda de mi conducta. Supongo que yo también me aproveché de esas presunciones de arrepentimiento para ir neutralizando la amenaza de que no me llevarían a Sanlúcar, si es que llegaba con vida a esa eventualidad.

Todo eso supuso realmente una experiencia acongojante, pero tampoco pasaron muchos días sin que empezara a dudar de que me hubiese tragado el alfiler. Hasta que finalmente, y en vista de que ni me había muerto ni me dolía nada, acabé por olvidarme del asunto o, en el peor de los casos, por no pensar en él con tan truculenta obstinación. Lo que sí me quedó fue como un remanente de conformidad conmigo mismo por no haberle contado a nadie lo que me pasaba, un hábito que conservé durante muchos años, pues muy pocas veces he compartido con los demás mis quebraderos de cabeza. Aun suponiendo que todo eso no sea sino una requisitoria educativa del carácter, tampoco deja de ser una buena fórmula para no arruinar en exceso la propia reputación. Quién sabe. A lo mejor también tiene algo que ver con todo eso lo que contaba mi madre a propósito de mis primeras incursiones en la lengua hablada; contaba que cuando yo apenas tenía siete meses pronuncié con toda claridad y por dos veces consecutivas la impropcedente palabra «mameluco», y que ya no volví a decir nada hasta después de haber cumplido un año y medio. No sé si semejante irregularidad era una ocurrencia ilusoria de mi madre o un hecho cierto, pero tampoco me disgusta relacionarlo con mi incurable propensión a pasar, sin fases intermedias, de una locuacidad extremada a un silencio absolutamente cartujano.

Decía que de ese primer verano en Sanlúcar sólo conservo una visión inconexa, parcialmente referida al descubrimiento del mar. La muy manoseada cuestión del descubrimiento del mar —que me había tenido tan soliviantado— remite por lo común a toda una serie de falsas alarmas o de fabulaciones más o menos provisorias. Es fácil malformar al cabo de los años lo que verdaderamente se sintió ante esa inicial compa-

recencia de impresiones desconocidas. De modo que no conviene excederse en las conjeturas propias del caso. Es cosa admitida que el presente hace su propia selección de los hechos vividos, o de sus referentes sentimentales, con lo que se tiende a incurrir en una serie de desvíos, o de alteraciones deductivas, cuyo grado de verosimilitud apenas tiene otro sentido que el suministrado por la propia credulidad.

Los veranos más remotos de que tengo noticias se refieren al campo, que es donde solíamos pasar las vacaciones, generalmente en una viña del pago de Las Tablas o en un recreo de la Corta del Guadalete. Es ése un tramo de mi primera memoria muy borroso, apenas esbozado a través de emergencias fragmentarias en las que no acierto a reconocerme sino con mucha dificultad. Algún dato descosido, algún vislumbre que probablemente se interfiere con otros, no bastan ni mucho menos para verme incorporado a aquellas jurisdicciones de mi infancia. Pero sí conservo una noción inequívoca de lo que podría ser la interiorización sensible del campo, en sus más rudimentarios términos comparativos: por ejemplo, un olor hecho de muchos olores impredecibles, la luz de aluminio de los almijares, la calentura estacionada en las cepas, la soledad taciturna del crepúsculo... Y, sobre todo, esa emanación visceral, como salida del útero de la tierra, que circunvalaba la comarca entera durante la vendimia. No conservo los recuerdos, sino la sedimentación emocionante de esos recuerdos, es decir, lo que yo sentía en abstracto cuando estaba allí y todavía siento hoy cada vez que vuelvo a aquellos recodos de la campiña jerezana.

Durante uno de aquellos veraneos de la preguerra —en una finca de la Corta del Guadalete, cerca de la Cartuja—, no sé qué amigo del abuelo me hizo un regalo estrambótico: un pollino recién destetado al que adopté con la más ilimitada vehemencia y a quien impuse, no sin la pompa debida, el cristiano nombre de *Juanito*. Era sin duda la primera vez que disfrutaba de un animal doméstico, si bien tampoco podía decirse que aquél fuera un animal exactamente doméstico. Ignoro por qué portentos irracionales el borriquillo logró sobrevivir

a las inagotables pruebas de amor a que lo sometía. Andaba correteando con él de la mañana a la noche, lo aseaba con jabones de olor, le preparaba comidas inadmisibles y pretendía llevármelo a dormir a mi cuarto, cosa que conseguí a escondidas más de una vez, venciendo esforzadamente sus tenaces resistencias. Un buen día noté que el pollino andaba bastante desmejorado, supongo que a consecuencia de esas martirizantes atenciones que le prodigaba. De modo que, después de pensar en el remedio que más podía convenirle, solicité la ayuda de mi hermano y, entre los dos, procedimos mal que bien a aplicarle una lavativa de jarabe de anís mezclada con agua de azahar, calmante muy acreditado en aquella época. El pollino, que ya debía de haber optado por resignarse a cualquier desmesura, tampoco se opuso del todo a esa temeraria irrigación. Pero a las pocas horas dio muestras de un tan palmario empeoramiento de su estado general, incluida una escurribanda imparable, que tuvieron que acomodarlo a toda prisa en un carricoche y llevarlo a casa del veterinario. Yo lo despedí con lágrimas en los ojos, seguramente porque presentía que ya no iba a volver a verlo. Y, en efecto, no lo volví a ver, cosa que me produjo un gran quebranto y que constituyó una de las pérdidas que con más irreductible prioridad han permanecido asociadas a las injusticias de mi memoria campesina.

No es raro que con tales antecedentes mi reacción primera frente al espectáculo del mar se inclinara más bien hacia el desconcierto. Esa otra dimensión del mundo no se avenía con mi acopio de credulidades y hasta parecía contradecirse con las rutas quiméricas que yo había surcado en los mapas del colegio. De modo que, a esa inicial extrañeza, siguió un sentimiento de temor, como si me acobardara lo que no podía asimilar. Y la verdad es que tardé en asimilarlo. Por aquella época, se solía confiar a un bañero la custodia de los niños dispuestos —o absolutamente indispuestos— a internarse en el mar. El ritmo de los baños se ajustaba a una reglamentación estrafalaria: nueve chapuzones seguidos, tres días de des-

canso, otros nueve chapuzones y así sucesivamente. Al salir del agua envolvían al cuitado en un albornoz y le suministraban algún cordial en previsión de enfriamientos. Era un programa muy riguroso y su inobservancia podía llevar consigo toda clase de quiebras de la salud.

Yo sentía una inocultable animadversión por el bañero, no ya porque me sometiera a un régimen intensivo de zambullidas, sino porque se obstinaba en tratarme sin ningún miramiento, con lo que a veces se producían unas disputas bastante llamativas. Era un mozo cetrino y achaparrado, con ojos ovinos y encías enormes, que se solazaba agarrándome con una mano hercúlea por donde más me dolían las quemaduras del sol. No duraron mucho, sin embargo, esas torturas, pues salía de ellas tan enfurecido que mi madre decidió prescindir de los servicios del bañero. A partir de entonces, mis hermanos y yo nos limitábamos a remojarnos en las benignas aguas de la orilla. Sospecho, no obstante, que aquellos primeros desapacibles vínculos con el mar me dejaron como el resabio de una desazón que no he olvidado todavía. Más que una desazón, era quizá una respuesta un poco medrosa que se me fue cambiando paulatinamente en respeto. Ni siquiera con el paso de los años, y a medida que fui aficionándome a las materias náuticas y a la navegación a vela, he prescindido de ese respeto, una actitud que comparto ciertamente con no pocos avezados hombres de mar. Los gestos temerarios o discordantes no son a tales efectos sino desatinos de pelmazos.

Seguro que fue durante uno de esos veraneos en Sanlúcar cuando se inició mi fascinación por el Coto de Doñana, pero dudo que las cosas sucedieran como ahora pienso. En Sanlúcar llaman al Coto la «otra banda» y ese solo calificativo parece aludir a una disyunción terminante, como si se estableciera así la linde de «otra» geografía y, por ende, de «otra» historia. Aunque no ocurra exactamente de ese modo, el simple hecho de cruzar el río moviliza en algún registro psicológico una cierta hipótesis de cambio, como de divergencia entre un fin de trayecto y un punto de partida. Desde Sanlúcar, o des-

de la broa de la desembocadura del Guadalquivir, la visión de Doñana incluye, más allá de cualquier otro atractivo estético, una poderosa imantación sensorial, no necesariamente generada por sus presuntas bellezas naturales sino por su calidad de territorio fronterizo, de reducto de una cultura residual cuyas venerables atribuciones perviven en el fondo de una naturaleza teóricamente virgen. No es que yo asociara entonces todo eso a mi escueta receptividad de contemplador, pero prefiero creer que ya disponía de una especie de propensión emocional para descubrir los acumulativos hechizos de la «otra banda». Esa sucesión de dunas reverberando bajo el sol, retenidas entre una opulenta masa de pinares y sobrevoladas de pájaros nunca vistos, configuraban por lo pronto una excepción imaginativa, un mundo virtualmente enigmático cuyas claves debían coincidir con las del paraíso terrenal.

A instancias de un sanluqueño —Luis Girón, sabio en vinos y en los pretéritos de la vida, que acabaría casándose con tía Isabela—, se organizó una excursión a Doñana. Los preparativos fueron justamente pensados como si se tratara de un safari, con el correspondiente acopio de víveres, cantimploras, hamacas, parasoles, mosquiteros y demás provisiones recomendadas en el manual del perfecto explorador. Con tan prescindible equipaje nos embarcamos una mañana de agosto en el bote de uno de los viejos marineros de Bajo de Guía que se dedicaban a alquilar sus embarcaciones y con quienes compartiría años después muchas horas memorables. El botero era un hombre adusto y de piel arcillosa que no hablaba nunca, a no ser en casos de extrema necesidad, y que exhibía un cumplido apodo de pirata: Juan Sinsangre. Íbamos con él hasta ocho pasajeros, es decir, toda la familia, y nos dejó en un playón aledaño a la punta de Malandar, que era por donde mejor podía varar el bote, un poco al socaire de la marea. Se levantó el campamento por allí cerca y enseguida nos dispusimos mi hermano Rafael y yo, acompañados de la vigilante tía Isabela, a emprender una expedición por aquellos parajes desérticos y sin ninguna aparente referencia con el mundo conocido. Se

me quedaron muy grabadas en la memoria las marcas de los reptiles y las aves sobre la arena, pero lo que más me sobreco-
gió fue el aliento majestuoso que latía entre los pinos, esa sen-
sación de estar en un mundo antiguo y deshabitado y de seguir
una ruta que a lo mejor sólo habían hollado gentes de otro si-
glo. Vimos la sombra huraña de un jabalí por el sotobosque y
una familia de gamos vadeando un lucio. Eso era muy emo-
cionante o yo quería que lo fuera. Sanlúcar, Jerez, quedaban
tan lejos que se me hacía imposible concebir desde allí el re-
greso a las banalidades de la vida cotidiana.

Es muy posible que todo ocurriera tal como yo lo había
sinuosamente calculado, porque después de muchas idas y ve-
nidas me perdí adrede por el bosque adentro, desviándome
hacia las dunas que avanzaban por la franja costera del pinar,
sepultándolo a trechos. Yo era el explorador que descubriría el
escondite del tesoro, el pionero que fundaría una estirpe de
insurrectos en medio de aquel territorio sagrado. Y fue en-
tonces cuando el sol me jugó una mala pasada y perdí un
poco la noción de la realidad. Me pareció ver un espejismo de
peces cautivos en un trasmallo por el fondo de los arenales,
mientras oía voces llamándome por mi nombre. Algo así ocu-
rrió, o eso me dijeron que había ocurrido. Cuando me vine a
dar cuenta estaba tumbado y tiritando bajo un toldo y me
palpitaban dolorosamente las sienas. Mi madre me había
puesto una toalla mojada en la cabeza y me hizo beber dos va-
sos de limonada seguidos, los mismos que vomité de inme-
diato. Debí de quedarme medio amodorrado por la fiebre,
pues caí en un sueño o en un torrente alucinatorio donde yo
formaba parte de la extensión proteica de Doñana y giraba en
el mismo circuito vertiginoso que la fauna y la flora de aquel
trasunto del jardín de las Hespérides. Me gustaría creer que
esa especie de insolación fue mi primera meritoria manera de
integrarme en un rincón de la naturaleza que sigo prefiriendo
a cualquier otro del mundo.

El río, por estas inmediaciones, constituía —constituye—
otro ámbito sanluqueño de muy autónoma personalidad. Yo

sólo me había asomado alguna que otra vez al último tramo de su curso, apenas entrevisto desde las orillas del surgidero de Bonanza, pero con los años creo haber llegado a familiarizarme de manera bastante precisa con esa zona del bajo Guadalquivir. Es un mundo muy netamente diferenciado respecto a los mundos circunvecinos. Ni sus gentes —los llamados riacheros— ni su naturaleza —los ecosistemas propios de Doñana— tienen mucho que ver con el resto de las geografías físicas y humanas andaluzas. Hay algo además en ese paisaje que, con independencia de sus ornamentos naturales, remite sin duda al prestigio histórico y aun mitológico que se ha ido acumulando secularmente en estas demarcaciones. Es como una asociación de imágenes deducidas de un pretérito ilustre que han contribuido a que el paisaje sanluqueño sea también esencialmente un paisaje cultural. Por ahí se estabiliza una especie de inventario retrospectivo que incluye desde el enigma suntuoso de Tartesos al rastro de las antiguas colonizaciones mediterráneas, desde los libros de oro de Argantonio al *Luciferi fanum*, desde las navegaciones históricas de Colón y Magallanes a los abigarrados trasiegos de la carrera de Indias. Ciertos comentaristas de probada estolidez opinan que el Guadalquivir acaba donde empieza América, lo cual es un cálculo propio de individuos que profesan sañudamente la hispanidad. La única conclusión razonable es que el «padre Betis» se extingue en Sanlúcar de un modo más bien doméstico, sin promover más soflamas retóricas que las muy evidentes promovidas por sus muchas correrías andaluzas, incluidas las limpias y las contaminadas.

Un día fuimos mi hermano Rafael y yo con mi padre y el tío Luis Girón hasta un lugar del río llamado La Plancha, a unas dos millas aguas arriba de Sanlúcar. Hicimos la travesía en la motora del práctico, que era quien nos había invitado al paseo. Yo iba absorto en la contemplación de esa orilla fluvial de Doñana que aún desconocía desde el punto de vista del navegante. A babor quedaban las masas de pinares, la belleza venerable de ese bosque lamido por las grandes mareas y que,

en la bajamar, presenta una franja cenagosa toda acribillada de agujeros de crustáceos y moluscos. Al otro lado, comenzaba el borde fluvial de la marisma, una extensión sin fondo que se anega con las aguas llovedizas, pero que en las sequías estivales se convierte en un auténtico erial calcinado. Años después, cuando me iniciaba en la navegación a vela, me llevé un buen susto a cuenta de los mercantes que bajan o remontan el río entre Sanlúcar y Sevilla y que, a veces, desde tierra, parece que van surcando la llanura envueltos en una calima fantasmal. Lo que ocurre con esos barcos es muy simple: desplazan primero un potente volumen de agua y luego lo succionan con una brusca aceleración. La onda así desplazada penetra en ambos márgenes del río y, a continuación, es violentamente absorbida, regresando las aguas a su cauce de modo impetuoso. Una vez iba yo navegando de bolina sin prestar ninguna especial atención a la proximidad de un carguero de buen tonelaje. No sabía aún que había que ponerle proa al rumbo del barco, de modo que en una de las viradas, cerca de la orilla, nos alcanzó la masa de agua expulsada por la obra viva del mercante y nos arrastró sin más hasta un playón, donde quedamos varados y aturridos cuando se retiró el agua. Por lo menos había sacado una buena lección del percance: la de que las leyes de la navegación fluvial también se aprenden navegando.

En aquella ocasión, amarramos dificultosamente la moto-
ra a un pantalán medio podrido que había en La Plancha y que aún resistía mal que bien las embestidas implacables del óxido y la incuria. Entre los pinos de la orilla había —hay— unos chozos de arqueológica traza habitados por los últimos pobladores legítimos de Doñana. Son gentes arcaicas y dadas, dotadas de esa inmemorial sabiduría para dominar la naturaleza que tiene mucho de perpetuación de un linaje protohistórico. Yo empecé entonces a conocerlos y ya he seguido tratándolos ininterrumpidamente. Se han dedicado desde siempre al carboneo, a la recolección de piñas —actividades ya vetadas— o a los oficios propios del río: pescan el cama-

rón, la angula y el albur o ejercen de boteros para el transporte entre Sanlúcar y el Coto. A veces, cuando apretaba el hambre, tampoco era raro que se aventuraran por el sotobosque en funciones de cazadores furtivos. Los riacheros suelen usar unas camaroneras provistas de un vetusto arte de pesca —la red de cuchara—, montada sobre unos puntales perpendiculares a los costados de las barcas, con lo que aquellos meandros del río adquieren un extraño decoro de estampa oriental.

En los chozos de La Plancha se podían comer por esas fechas unos suculentos huevos fritos —de gallareta o de ánade, a elegir— y unas arcaicas sopas de galeras, que es un crustáceo muy sabroso y de poca encarnadura propio de esas aguas. Cada chozo disponía de su pequeño huerto y el corral era el bosque. Ahora ya no disponen más que de un olor triste a antropología cultural. El Instituto para la Conservación de la Naturaleza sólo deja ya a esos supervivientes cultivar el instinto de conservación. Recuerdo que en una serie televisiva de no hace todavía mucho —«Ésta es mi tierra» se llamaba— me encargaron el programa dedicado a Jerez y el bajo Guadalquivir. Para ilustrar mejor mi trabajo, se me ocurrió llevar un día al equipo de filmación a La Plancha, con la idea de que uno de esos riacheros amigos míos narrase algún episodio singular relacionado con el catálogo de leyendas de Doñana, que son muchas y de muy variadas sugerencias. Elegí con tal fin a una señora de mediana edad, mujer de uno de los boteros, a quien asesoré previamente para que contase lo más raro que recordaba haber visto en el Coto. Ella asintió muy convencida y a la hora de hablar ante la cámara dijo exactamente: «Lo más raro que yo he visto en el Coto es Icona.» No fue desde luego una mala respuesta.

En aquella primera excursión a que me refiero, estuvimos sentados un buen rato a la puerta de uno de los chozos —que hacía las veces de venta caminera— y me presentaron a una oronda muchacha de mirada beatífica que poseía un raro don: se iba a los acudideros de los venados provista de un capacho repleto de desperdicios y les daba de comer en la mano. Toda una alegoría del género pastoril. Me acuerdo también de un

paseo que dimos hasta un lugar llamado La Marismilla, siguiendo una medio taponada pista de arena que parecía inculcar al caminante una antigua justicia biológica. De pronto, en un recodo de la pineda, surgió un palacio. Al principio, aquello tenía toda la pinta de un espejismo. Tampoco se podía asegurar que no lo fuese, pero el palacio no era desde luego el del espejismo: era una mansión de cantería blanqueada y techumbre de tejas verdes, con un acusado aire colonial en los cierros y balconajes. Por dentro, ese palacio ya era lo que no parecía: un enorme pabellón de caza. Desde que Alfonso X el Sabio convirtiera estos parajes en cazadero real, se han organizado aquí muchas y muy sonadas monterías. Ahora ya los descabros provienen de otras aficiones. O de otras irrazonables maneras de confundir el dominio de la naturaleza con el progreso inhumano. Menos mal que no pudo prosperar el viejo proyecto de una carretera que enlazaría por la costa las provincias de Cádiz y Huelva, con la consiguiente abolición de los ciclos vitales de las dunas móviles, pero los pesticidas usados en los arrozales del norte de las marismas, las nuevas explotaciones agrarias, el aprovechamiento indiscriminado de los acuíferos, la nefasta invasión urbanística que ya afecta a una parte muy sensible del litoral, continúan siendo otros tantos insaciables peligros enfrentados a la salvaguardia ecológica de Doñana.

Durante aquellos primeros veraneos en Sanlúcar solíamos ir de paseo algunas tardes al manantial de Las Piletas, al pie del promontorio donde aún quedaban vestigios del castillo del Espíritu Santo, una zona convertida hoy en suelo urbanizable. Este castillo, aparte de su papel estratégico en la defensa contra incursiones berberiscas, también cumplía en su tiempo una cierta función de vigía de la peligrosa barra sanluqueña, donde hay documentados cientos de naufragios de navíos procedentes de ultramar, muchos de los cuales remontaban luego el río hasta Sevilla. Cuentan que un cargador de Indias, el marqués de Arizón, había subido al minarete de su casa —un enorme palacio hoy devastado— para ver llegar los barcos que le traían un nuevo suministro de riquezas. En ésas estaba

cuando pudo presenciar el hundimiento de dos de sus más preciados bajeles en la embocadura de la barra, un infortunio al que respondió el marqués con otro mayor: se suicidó arrojándose desde lo alto de la torre. Aún se veía entonces en la bajamar un mástil emergiendo del agua, que yo identificaba de inmediato como el de un galeón cargado de oro al que la propia codicia de su armador había hecho zozobrar, pero que no era sino el palo de un falucho embarrancado hacía poco en los bajíos. Nada de eso me impedía, sin embargo, oír en noches de levante, cuando la mar se apaciguaba en unas oblongas simulaciones lacustres, los lamentos de los náufragos que aún se debatían entre unas rocas donde las valvas de los ostiones acuchillaban las manos de los que intentaban salvarse.

El aliciente principal de esos paseos a Las Piletas consistía en beber el agua supuestamente salutífera del manantial y comer unas gamboas —una variedad local de membrillo— y unos altramuces muy pulposos macerados en salmuera. Tan sutiles atractivos sólo lo eran en teoría, pues el agua provocaba serios trastornos intestinales, las gamboas eran unos frutos ásperos más bien incomedibles y los altramuces sabían poderosamente a cáñamo. A la larga se descubrió que los desarreglos que aquejaban a los bebedores se debían a la sencilla razón de que el agua era directamente impotable. Pero todos los veraneantes de Sanlúcar cumplían con mayor o menor asiduidad ese hábito vespertino del paseo hasta Las Piletas. Al manantial se accedía a través de un jardín de corte romántico, una avenida central escoltada de eucaliptos gigantescos y una glorieta de la que arrancaban dos pérgolas semicirculares que se reunían a media altura por encima de la fuente. Se oía desde allí con una cóncava sonoridad el parloteo vespertino de las ranas que vivían en la acequia vecina. También había algunos airosos bancos de fundición pintados de verde y el suelo de albero aparecía siempre como recién regado. Todo tenía un aire primoroso y finisecular de balneario y los viandantes se demoraban en aquel frescor ameno hasta que caía la noche.

Otro paseo que frecuentábamos mucho y al que incluso

me permitían acudir en solitario algunas tardes era el de la Calzada, una amplia alameda que comunicaba el Barrio Bajo con la playa llamada propiamente de Sanlúcar, incluida por Cervantes en su inventario de más acreditados reductos de la picaresca. Por allí practiqué mis iniciales cortejos amorosos, concretamente referidos a la metódica persecución de una niña que gastaba una melena rubicunda muy de mi agrado. Mi secreta ilusión era poder bailar con ella un foxtrot o, en el peor de los casos, un pasodoble, siguiendo un poco el ejemplo de los más eminentes arquetipos juveniles avecinados en Sanlúcar. En aquella época, y aparte de los bailes y saraos veraniegos que organizaban los infantes de Orleans en su palacio del Barrio Alto, la única posibilidad de cumplir con los protocolos ambientales del agarrado se limitaba para los mayores a los sábados y domingos.

Recuerdo medianamente esa especie de caseta de feria levantada al final de la Calzada, muy bien protegida del asedio de curiosos e intrusos, donde se celebraban unos bailes de mucho lucimiento. Yo me quedaba poco menos que extasiado por aquellos alrededores, escuchando el llamamiento incitante de la música, pero la edad me vetaba naturalmente el acceso a la caseta, y más si pretendía entrar llevando de la mano a una niña que siempre se escapaba cuando más cerca estábamos de ingresar en aquella mansión de los placeres. Un día conseguí al menos que aceptara ensayar conmigo un simulacro de baile en las proximidades de la caseta. Llegaba hasta allí el eco melodioso del vocalista, y yo sabía entonces que estaba remunerándome de lo que mis pocos años me escamoteaban sin ninguna compasión, si bien el gozo sólo duró lo que la niña tardó en huir. La verdad es que no estaba muy satisfecho de la vida mientras deambulaba a solas por los extramuros de ese lugar prohibido. Pero es muy posible que también estuviese ya perfilándose entre los intersticios de aquel verano afanoso, apenas emergiendo de la esfera inestable de la ensoñación, ese tramo difícil de las historias personales donde se cruzan la infancia y la adolescencia.